

concepciones sobre la democracia, o de la relación entre clase y conciencia de clase, o de las diferentes dialécticas tecnología-sociedad, etc.) alargan los textos en demasía para, a pesar de todo, no añadir grandes novedades para el lector, el grueso de los volúmenes logra, sin embargo, interesar y aun interpelar vivamente a ese mismo lector. El difícilmente discutible pronóstico de que la sociedad que viene será más violenta, más injusta, más racista y más individualista no puede dejar de advertirnos sobre la auténtica envergadura de los asuntos en juego ni permite pasar las páginas de esta trilogía con actitud indiferente. No sólo el sociólogo, sino el ciudadano de a pie —para quien estos libros resultan perfectamente accesibles gracias a su lenguaje claro y a su ordenada exposición—, encuentran en ellos una sincera, eficaz e inaplazable invitación a «hacer algo». Hagámoslo, pues.

Laura VÁZQUEZ MARTÍ

Chantal Mouffe

La paradoja democrática

(Barcelona, Gedisa, 2003)

Hannah Arendt señalaba que la política se basa en un hecho: la pluralidad de los hombres. La política trata del estar juntos y de la reciprocidad entre seres diferentes. La política es resultado de la aceptación de la existencia simultánea

de grupos diferentes y, por lo tanto, de intereses y tradiciones divergentes dentro de una unidad territorial sujeta a un gobierno común. Implica, por tanto, cierto nivel de tolerancia y el reconocimiento de que el gobierno se ejerce en mejores condiciones cuando los distintos intereses se debaten en un foro abierto.

Este es el contexto en el que se inscribe el pensamiento de Chantal Mouffe, profesora de la Universidad de Westminster (Londres). Mouffe considera que la democracia se ve amenazada no sólo cuando hay un déficit de consenso sobre sus instituciones y valores, sino también cuando su dinámica *agonística*, su naturaleza conflictiva, se ve obstaculizada por un consenso aparentemente sin resquicios, que muy fácilmente puede transformarse en su contrario. Es lo que ha ocurrido en algunos países de Europa, en los que la desaparición de una línea divisoria clara entre las identificaciones políticas tradicionales ha dejado un vacío que rápidamente ha ocupado la extrema derecha. Ese hueco ha permitido articular nuevas identidades colectivas a través de un discurso xenófobo y recrear la frontera política desaparecida mediante la creación de un nuevo enemigo. La inexistencia de líneas divisorias perfiladas impide la creación de identidades políticas claras y alimenta el desencanto con los partidos tradicionales. Se prepara de esta manera el terreno para los movimientos populistas y antiliberales. Cuando el conflicto propio de un sistema pluralista no se puede desplegar debido a la difuminación de las identidades con las que uno se puede identificar, existe el riesgo de que se multipliquen las confrontaciones sobre identidades esencialistas y valores innegociables.

El libro que ahora se traduce al castellano es una recopilación de artículos, la mayoría de ellos publicados en una versión algo diferente, escritos entre 1995 y 2000. Es una continuación, por tanto, de la reflexión iniciada junto con Ernesto Laclau en *Hegemonía y estrategia socialista* (Siglo XXI, Madrid, 1987 —original 1985—) y proseguida en *El retorno de lo político* (Paidós, Barcelona, 1999 —original 1993—), sobre la índole constitutivamente conflictiva de la democracia. Desde esta perspectiva, Chantal Mouffe critica algunas de las reflexiones contemporáneas sobre la democracia que, al no tener en cuenta la inevitabilidad del conflicto, no son capaces de captar la especificidad de lo político como algo diferente de la ética, la economía o el derecho, como puede ser el liberalismo o la democracia deliberativa.

El hilo conductor del libro lo constituye la idea de que la democracia encierra una paradoja que hace inevitable el conflicto. El tipo de democracia que se ha establecido en Occidente en el transcurso de los dos últimos siglos es el resultado de la articulación de dos tradiciones distintas. Por un lado, la tradición liberal, caracterizada por el énfasis en los derechos y libertades individuales, y, por otro, la tradición democrática, basada en la idea de igualdad, identidad entre gobernantes y gobernados y soberanía popular. Estas dos tradiciones encierran dos lógicas diferentes que, en último término, son irreconciliables. No hay forma de conciliar libertad y soberanía popular sin esta-

blecer límites a una y a otra. En toda democracia liberal se establece siempre un marco de respeto a los derechos humanos que implica una serie de límites al ejercicio de la soberanía popular.

La diferencia fundamental entre la democracia clásica y las democracias modernas reside en la aceptación del pluralismo. El reconocimiento del pluralismo, lo que Claude Lefort llama «la disolución de los marcadores de certidumbre»¹, implica una profunda transformación del ordenamiento simbólico de las relaciones sociales. No se trata, sin más, del reconocimiento de lo que Rawls, por ejemplo, denomina el *hecho* del pluralismo, sino que la diferencia se refiere al plano *simbólico*, es decir, a la legitimación del conflicto y la división, que resulta de la emergencia de la libertad individual y de la afirmación de igual libertad para todos. Las principales formas actuales de pluralismo liberal empiezan llamando la atención sobre el *hecho* del pluralismo para buscar después procedimientos que permitan abordar las diferencias, procedimientos que lo que realmente hacen es volver irrelevantes las diferencias y relegar el pluralismo a la esfera de lo privado. Pero el pluralismo no es solamente un hecho, algo que no nos quede más remedio que soportar, sino que constituye un principio axiológico, es algo constitutivo de las sociedades contemporáneas, pertenece al núcleo mismo de la democracia moderna y, por ello, es algo que deberíamos celebrar.

¹ Claude Lefort (1988): *Democracy and political of liberal democracy*, Oxford.

Mouffe aboga por un tipo de pluralismo que proporciona un estatuto positivo a las diferencias y que cuestiona el objetivo de la comunidad y homogeneidad que, en último término, resulta ficticia por estar basada en actos de exclusión. Esta perspectiva no implica un pluralismo total, sino que la política democrática debe establecer límites al pluralismo. Pero el establecimiento de esos límites es una cuestión *política*, es decir, resultado de acuerdos pragmáticos y contingentes, necesitados de una continua justificación, algo que no goza de una racionalidad sin fisuras que pueda establecerse de una vez por todas, para lograr por fin el sueño de una sociedad bien ordenada. Propone, así, una recuperación de la política, frente a la pretensión de muchos planteamientos contemporáneos de acabar con ella eliminando el conflicto del espacio público.

La tendencia dominante en nuestros días consiste en identificar la democracia casi exclusivamente con el estado de derecho y la defensa de las libertades individuales, dejando de lado el elemento de soberanía popular, por considerarlo como algo obsoleto, un predominio de lo que Sartori llama «demoprotección» frente al «demopoder»². Pero esto pone en peligro la legitimidad de las instituciones democráticas y la adhesión que son capaces de despertar en los ciudadanos, dando lugar a una situación de «déficit democrático», tal y como se pone de manifiesto, por ejemplo, en el proceso de unificación política de Europa. No se pueden considerar las instituciones democráticas como algo justificado

de una vez por todas, sino que siempre es necesario robustecerlas y defenderlas. Y esto es así porque no hay forma de conciliar libertad y soberanía sin imperfección. Cualquier acuerdo que establezcamos es necesariamente contingente y, por ello, necesitado de una continua justificación. La política liberal democrática consiste en el constante proceso de negociación y renegociación de su inherente paradoja a través de distintas articulaciones hegemónicas.

Los actuales certificados de defunción del conflicto, en nombre de una tercera vía o del fin de la historia, no son más que una capitulación ante una determinada forma incuestionada que han adoptado las relaciones de poder. Carecen de una comprensión de las relaciones de poder en las sociedades postindustriales contemporáneas. Configuran así un mundo en el que cualquier posibilidad de transformación de las relaciones de poder ha quedado eliminada, creando, de esta forma, un caldo de cultivo para el avance de los partidos populistas de derecha. En muchos casos, son los que denuncian ese consenso y tratan de ocupar el terreno de la lucha que ha abandonado la izquierda. No es casualidad que precisamente una parte importante del apoyo de este tipo de partidos esté en las clases trabajadoras. Mouffe considera, por ello, que la pretensión de los teóricos de la tercera vía de disolver las fronteras entre la izquierda y la derecha, lejos de constituir un avance para la democracia, más bien compromete su futuro, al dejar la puerta abierta al avance de plantea-

² Giovanni Sartori (1988): *Teoría de la democracia*, Alianza, Madrid.

mientos antidemocráticos. Por eso, para una política democrática auténticamente pluralista es de vital importancia reconocer las paradojas en lugar de tratar de ocultarlas apelando a la racionalidad o a la comunidad y «comprender que la política pluralista democrática consiste en una serie de formas pragmáticas, precarias y necesariamente inestables de negociar su inherente paradoja» (28). Esta aceptación de la paradoja democrática exige romper con la perspectiva racionalista dominante y requiere un marco teórico que reconozca la imposibilidad de una forma de objetividad social que no esté basada en una exclusión original.

Es una constante en el pensamiento de Chantal Mouffe el recurso a la crítica que Carl Schmitt hace del liberalismo para presentar su visión de la democracia liberal. En concreto, toma de Schmitt la tesis de que existe una oposición insuperable entre el individualismo liberal, con su discurso en torno al individuo, y el ideal democrático, que es esencialmente político y se propone crear una identidad basada en la homogeneidad. Los ciudadanos de una democracia no obtienen la garantía de sus derechos individuales a partir de la idea abstracta de humanidad, sino por su pertenencia al *demos*. Pero el establecimiento de los límites del *demos*, determinar quién pertenece al pueblo y quién no, implica un acto de exclusión y, por ello, el pueblo no puede existir sin un correlato de desigualdad, sin la distinción entre *nosotros* y *ellos*. La política está siempre relacionada con la creación de un *nosotros* mediante la determinación de un *ellos*. La novedad de la política democrática no es la constitución de un *nosotros* sin exclusión, anulando la dicotomía *nosotros/ellos*, sino la forma en que ésta se plantea; es decir, se trata de es-

tablecer esta discriminación entre el *nosotros* y el *ellos* que sea compatible con la democracia pluralista.

La política democrática no se reduce al momento en el que un pueblo plenamente constituido establece y aplica sus reglas, sino que se ejerce ya desde el momento de la lucha por la definición del pueblo. La unidad del pueblo es resultado de una construcción política y no algo previo. Esta identidad no es algo que se establezca de una vez por todas, sino que sólo existe mediante múltiples formas de identificación en competencia. La articulación política del *demos* sólo puede producirse mediante una pluralidad de fuerzas que compiten en el esfuerzo por definir el bien común, que se proponen fijar la identidad de la comunidad. La democracia liberal implica el reconocimiento de esa distancia entre el pueblo y sus posibles identificaciones, de ahí la importancia de dejar ese espacio permanentemente abierto, en lugar de tratar de llenarlo mediante el establecimiento de un consenso racional. De lo contrario, nos encontraríamos en el terreno de la suma de intereses o en un proceso de deliberación que elimina la posibilidad de decisión. Estaríamos, por tanto, en el terreno de la economía o de la ética, pero no de la política.

Lo que necesitamos, entonces, es un modelo democrático capaz de aprehender la naturaleza de lo político, como un sistema diferente al de la economía o la ética. «Lo político» hace referencia a la dimensión de antagonismo que es inherente a las relaciones humanas, antagonismo que puede adoptar muchas formas y surgir en distintos tipos de relaciones sociales. «La política» designa el conjunto de prácticas,

discursos e instituciones que tratan de establecer un cierto orden y organizar la coexistencia humana en condiciones que son siempre potencialmente conflictivas porque se ven afectadas por la dimensión de «lo político». La política se propone la creación de la unidad en un contexto de conflicto y diversidad. Es preciso, por tanto, abordarla desde una perspectiva que sitúe la cuestión del poder y el conflicto en su mismo centro. Este es el enfoque que Mouffe defiende y que estaría en la base de lo que ella denomina democracia *agonística*. Esta forma de concebir la democracia exige la aceptación de que la división y el conflicto son inevitables y que no es posible alcanzar una reconciliación plena de la unidad «pueblo». El objetivo de una política democrática debería ser proporcionar el marco en el cual los conflictos puedan adoptar la forma de una confrontación agonística entre adversarios en lugar de manifestarse como una lucha antagónica entre enemigos. El adversario, a diferencia del enemigo, comparte un espacio simbólico común, pero quiere organizarlo de forma diferente. «Imaginar que la democracia pluralista podría llegar a ser algún día un sistema perfectamente articulado es transformarla en un ideal que se refuta a sí mismo, ya que la condición de posibilidad de una democracia pluralista es al mismo tiempo la condición de imposibilidad de su perfecta puesta en práctica» (32). De ahí que sea imprescindible reconocer su naturaleza paradójica, derivada de la irreductible tensión entre la igualdad y la libertad, entre la ética de los derechos humanos y la lógica política que implica el establecimiento de fronteras.

Carmen INNERARITY

Dominique Schnapper

La démocratie providentielle

(París, Gallimard, 2002)

François Dubet

Le déclin de l'institution

(París, Seuil, 2002)

Ni Dominique Schnapper ni François Dubet, ambos directores de estudios en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París, son autores demasiado conocidos en España. Tampoco se les puede identificar con una misma escuela intelectual; sin embargo, las investigaciones publicadas en el último año por cada uno de ellos son expresión destacada de los debates en los que se encuentra inmersa la sociología francesa acerca de la transformación de las sociedades democráticas contemporáneas. El libro de Dominique Schnapper es la continuación de un largo trabajo de sociología histórica sobre la noción de ciudadanía, iniciado con *La communauté des citoyens* (Gallimard, 1994 [Madrid, Alianza, 2001]), acerca de la idea de nación; seguido de *La relation à l'Autre* (Gallimard, 1998), centrado en la sociología de las relaciones interétnicas, dando paso ahora al análisis de la construcción y transformaciones del Estado del Bienestar o, en palabras de la autora, del «Estado de intervención». En *Le déclin de l'institution*, François Dubet, mediante un elaborado trabajo empírico, aborda las transformaciones que, ligadas a las contradicciones de la modernidad, se han dado en lo